

Las guerras civiles en la era de la globalización: nuevos conflictos y nuevos paradigmas

Roland Marchal

Investigador del CNRS (CERI).

Christine Messiant

Investigadora del Centro de
Estudios Africanos de la Escuela de
Altos Estudios de Ciencias Sociales.

AL TERMINAR LA GUERRA FRÍA, Y DADA LA nueva configuración de las relaciones internacionales, ciertos analistas tuvieron por un tiempo la esperanza un tanto mesiánica del logro de la paz universal y de la constitución de un “nuevo orden internacional”. Sin embargo, a mediados de los años noventa, esta esperanza se encontraba fuera de lugar, y varios teóricos se esforzaban por dar cuenta de la naturaleza perenne de ciertos conflictos, o del surgimiento de nuevas guerras. Tres corrientes tuvieron un impacto significativo en el debate intelectual y universitario. La primera se encuentra bien ilustrada por las tesis del periodista Kaplan¹, o las de Enzensberger²: la civilización es atacada por todas partes, por males múltiples, entre los cuales, los más nocivos son, además de las nuevas pandemias, el fundamentalismo y la violencia comunitaria. La segunda corriente se dio a conocer a través de los trabajos de Collier, y propone un análisis económico de los conflictos civiles, en el que la depredación por parte de los rebeldes desempeña el papel explicativo principal³. La tercera, y sin duda la más influyente antes del 11 de septiembre de 2001⁴, estableció una diferencia cualitativa entre las guerras antiguas y las moder-

- ¹ Kaplan R. R., “The Coming Anarchy: How scarcity, crime, overpopulation, tribalism and disease are rapidly destroying the fabric of our planet”. En: *The Atlantic Monthly*, febrero, 1994.
- ² Enzensberger H. M. *Civil Wars: from L.A. to Bosnia*, New York, Free Press, 1994.
- ³ Collier P. “Greed and grievance”. En Berdal M. et Malone D. (eds.), *Greed and Grievance: Economic Agendas of Civil Wars*, Boulder, Lynne Rienner, 2000. Esta teoría ha sido criticada aquí mismo en Marchal R. et Messiant C. “De l’avidité des rebelles. L’analyse économique de la guerre civile selon Paul Collier”, en: *Critique internationale*, N° 16, julio 2002, pp. 58-69.
- ⁴ Este artículo ha sido extraído, y parcialmente modificado, del texto “Une lecture symptomale de quelques théorisations récentes des guerres civiles”, Paris, CERI, 46 páginas multigr., 6 de marzo, 2001.

nas. Ésta se encuentra particularmente bien representada por una respetable universitaria, Mary Kaldor, a quien se dedica este artículo, así como por la posterior aparición –debida a convergencias de hecho entre estas corrientes tan diferentes– de una nueva y legítima problemática sobre los conflictos, la cual nos parece intelectualmente discutible, así como peligrosa por sus implicaciones.

Mary Kaldor se inspira mayormente en el caso de Nagorny-Karabakh y de Bosnia en su obra *New and Old Wars*⁵. Las características que le atribuye a las nuevas guerras –según ella, las que surgieron después del principio de los ochenta con la mundialización– se encuentran también en otros autores que se han concentrado en el estudio de las rebeliones armadas surgidas en la periferia del mundo (América Latina y Central, sur de Asia, África) pero que sitúan el corte histórico en el fin de la Guerra Fría. En nuestra lectura, seguiremos en forma global el razonamiento de Mary Kaldor, ya que ella es casi la única en construir una argumentación para basar este paradigma, mientras que la mayoría de los demás “teóricos de las nuevas guerras” no lo hacen y se contentan a menudo con hacer vagas referencias a estos nuevos conflictos, o a los antiguos⁶.

Las guerras de la era de la mundialización, según Mary Kaldor, así como aquellas posteriores a 1989 para los “analistas de los conflictos posteriores a la Guerra Fría”⁷, pueden oponerse a las antiguas guerras en tres planos diferentes.

Ideología versus identidad o vacío político. Las nuevas guerras reposan fundamentalmente sobre movilizaciones de identidad, en oposición a los fines ideológicos o geográficos de las antiguas. Mary Kaldor no niega, como lo hacen otros autores, el carácter político de dichas guerras (de hecho, ella habla de *identity politics* –pero opone dichas políticas a aquellas que se basan en lo que ella llama las “ideas”: “Las políticas de las ideas se basan en proyectos enfocados en el futuro. Tienden a ser incluyentes, es decir, a incorporar a todos aquellos que sostienen las ideas en

cuestión [...] Las políticas de identidad, por el contrario, son más bien fragmentadas, enfocadas hacia el pasado, y exclusivas”⁸. La misma oposición se encuentra en los “analistas de los conflictos posteriores a la Guerra Fría”: mientras que las antiguas guerras civiles se producían por causas bien definidas, impulsadas por una ideología progresista de transformación política, basada en la búsqueda del bien común, las nuevas son, en el mejor de los casos (es decir, cuando no están simplemente desprovistas de toda ideología y de todo proyecto), movilizaciones etno-nacionalistas. Estos autores les otorgan incluso las mismas características que Mary Kaldor: fragmentadas, retrógradas y exclusivas. Para decirlo en sus propios términos, mientras que las antiguas guerras tenían lugar en el espíritu del cosmopolitismo, las nuevas lo hacen en nombre del particularismo y del exclusivismo; la oposición entre universalismo y fundamentalismo apunta entonces hacia esta división entre los conflictos civiles antiguos y nuevos.

Guerras con y para la población versus violencia contra la población. Mientras que las antiguas guerras se beneficiaban de un fuerte apoyo popular, las nuevas estarían desprovistas de éste, y no se preocuparían en lo más mínimo, además, por la población; se distinguirían, por el contrario, por su violencia, a menudo extrema, en contra de los civiles. Los métodos de las nuevas guerras se constituirían, en efecto, en uno de sus signos distintivos más flagrantes: por medio de una mezcla de técnicas de guerrilla y de contra-guerrilla, dan lugar a crímenes en masa, a desplazamientos forzados, etc. Mary Kaldor pone en oposición la construcción de una nueva sociedad modelo en las zonas liberadas por los revolucionarios de otra, y la forma en que los nuevos actores de las guerras establecen el control político por medio del desplazamiento forzado de las poblaciones y la eliminación de todos los obstáculos potenciales para su proyecto⁹. De la misma forma, para los “analistas de los conflictos posteriores a la Guerra Fría”, si la mayoría de los antiguos con-

⁵ Kaldor M., *New and Old Wars. Organized Violence in a Global Era*, Cambridge, Polity Press, 1999.

⁶ Kalyvas S. “‘New’ and ‘Old’ civil wars: Is the distinction valid?”, Paris, Colloque *La guerre entre le local et le global. Sociétés, États, systèmes*, CERI, 29 y 30 de mayo 2000. Disponible en el sitio www.ceri-sciences-po.org y retomado en P. Hassner y R. Marchal, *La guerre entre le local et le global*, Paris, Karthala, 2003, por aparecer.

⁷ En el resto del texto, las comillas se utilizarán para referirse a estas dos corrientes precisas.

⁸ Kaldor M., 1999, Ob. cit., pp. 77-78.

⁹ Ídem., p. 98: “Todos los demás deben eliminarse [...] Es por esto que el principal modo de control del territorio no es el apoyo del pueblo, como en el caso de las guerras revolucionarias, sino el desplazamiento del pueblo: se trata de deshacerse de todos aquellos que podrían convertirse en opositores”.

flitos civiles eran centralizados y disciplinados, y si la violencia de las rebeliones se hallaba controlada, los nuevos se caracterizarían por una violencia que es a la vez anómica y extrema, ejercida menos contra los ejércitos enemigos y más contra las poblaciones.

La economía de las guerras: movilización de la producción versus ilegalidad y saqueo. Según Mary Kaldor, el tipo de economía sería otro factor que pondría en oposición a las nuevas guerras y las antiguas. La economía de las antiguas habría sido más autárquica y centralizada, mientras que la de las nuevas es mundial, dispersa, transnacional, y moviliza a la vez el mercado negro, el saqueo, la ayuda externa, la diáspora y la ayuda humanitaria. Con frecuencia, y de manera menos precisa, se encuentra la misma distinción entre los “analistas de los conflictos posteriores a la Guerra Fría”: mientras que las antiguas rebeliones podían sobrevivir con “sus propias fuerzas” y sin recurrir a la extorsión, las nuevas se alimentan siempre del desvío de los bienes públicos, del saqueo y de la depredación. Y esta depredación se encuentra fuertemente internacionalizada, transplantada principalmente a los circuitos del tráfico internacional.

Esta corriente manifiesta una agudeza en el análisis de las guerras que se encuentra sin duda muy lejos del economicismo, y del rechazo al análisis de los estados de Collier, con una mayor conciencia de las dinámicas políticas y sociales, y una visión más construida de las relaciones entre las rebeliones y los estados, cuyo funcionamiento también se somete a interrogatorio. Muchos de los elementos que toma en cuenta son efectivamente importantes para analizar los conflictos. No por ello, sin embargo, deja de presentar incoherencias, confusiones y generalizaciones abusivas. Por esas dos razones nos detendremos a analizarla.

La institución de un corte radical entre las guerras antiguas y las modernas no soporta, efectivamente, un examen cuidadoso. Las características que se atribuyen a unas y otras no se encuentran claramente establecidas, y no pueden además atribuirse en forma rigurosa a los cambios ocurridos en el período en que éstas se circunscriben. Luego de un análisis, parece que las guerras antiguas y nuevas constituyen más bien dos síndromes, es decir, se puede mencio-

nar aquí la definición del diccionario *Petit Robert*: “Dos conjuntos de síntomas, que si bien claramente definidos, pueden observarse en diversos estados (patológicos) diferentes, y que por sí solos no permiten determinar la causa y la naturaleza [de la enfermedad]”.

¿SON LAS NUEVAS GUERRAS CIVILES TAN DIFERENTES DE LAS ANTIGUAS?

Notemos en primer lugar que este paradigma se ha establecido considerando las guerras que se benefician del interés de la comunidad internacional; corriendo el riesgo de dejar por fuera del análisis (como ya lo han hecho ciertos trabajos teóricos de la época de la Guerra Fría, que también habían olvidado algunos conflictos) ciertas guerras que sobrevivieron al cambio de período u otras recientes, pero que parecen inclasificables. Es cierto que dicho procedimiento no resulta ilegítimo en la construcción de un modelo, pero aun así, es necesario justificarlo.

Sin llegar a reproducir la crítica expresada por S. Kalyvas a partir de varios ejemplos de conflictos¹⁰, señalemos en primer lugar cómo la oposición entre las guerras antiguas y modernas se basa en una visión simplificadora o mitificada, a veces errónea, de unas u otras. Esto permitirá aclarar ciertas transformaciones reales del último período, que no nos parecen ni bien descritas ni bien explicadas por parte de nuestros autores.

De la ideología universalista en las guerras antiguas, y de su ausencia en las nuevas

La gran brecha introducida por la Guerra Fría, y los dos discursos de legitimación que la sostuvieron han desempeñado sin duda un papel importante en el posicionamiento internacional de muchos movimientos insurrectos, así como de algunos gobiernos. Un gran número de rebeliones armadas realizadas por la independencia nacional, o contra las dictaduras, lo han sido en nombre de un ideal universalista: socialista o socializante, cuando los poderes eran pro-occidentales, y de libertad y de democracia cuando dichos regímenes se decían progresistas o socialistas. Eran conducidas por directivas a menudo convencidas de que dichas ideologías podrían asegurar la libertad y la felicidad de su pueblo, y con frecuencia intentaron poner en práctica durante la lucha, e incluso

¹⁰ Kalyvas S., Ob. cit., construye un modelo con cuatro modalidades, separando las dos cuestiones del “apoyo popular” y de la violencia, que nosotros hemos reunido para seguir a Mary Kaldor. Sin embargo, vemos que las dos construcciones coinciden.

después de su ascenso al poder de Estado, sus ideales proclamados. Sin embargo, la posterior sinceridad de esta convicción no autoriza de ninguna manera a pasar por alto varios órdenes de realidad durante el análisis.

La necesidad de los movimientos armados de alinearse en uno u otro campo de la Guerra Fría, a fin de recibir apoyos indispensables para su reconocimiento, su supervivencia y su eventual victoria, se traduce en un discurso ligeramente estereotipado, siempre universalista, aun cuando por lo menos grandes fracciones de las directivas de dichos movimientos pudieran ser primera y esencialmente nacionalistas, e incluso tan “etno-nacionalistas” como otros que así se catalogan hoy. Aun si la adopción de dicho discurso no fuera solo el efecto de las presiones externas, sino que tradujera también una apropiación debida a las necesidades de legitimación propias, y aun a menudo, a una verdadera adhesión, resulta claro que varios de los movimientos del tercer mundo hayan utilizado el lenguaje necesario entonces (como lo es hoy en día el del Estado de derecho y del buen gobierno) sin sentirse obligados a llevarlo a cabo.

Siempre han coexistido varios lenguajes diferentes de las organizaciones armadas o de los gobiernos, que van del discurso universalista de las relaciones internacionales, de uso externo, al que se maneja ante las poblaciones o los guerrilleros, a pesar de que se haga un esfuerzo por “politizar” este último. Las grandes ideologías de liberación siempre han sido objeto de una traducción a los idiomas políticos más autóctonos y, al ignorar este importante trabajo de reformulación, se pierde uno de los recursos de la movilización en una guerra civil.

La adhesión por parte de la población a la “causa justa” del conflicto es en efecto mucho más compleja. Revela múltiples racionalidades que a menudo tienen poco que ver con las oposiciones globales que se supone debería expresar. Aun cuando el propósito social y nacional de la rebelión resulte innegable, no son solo ni “naturalmente” los miembros de las categorías sociales que tengan interés en ella (intelectuales, jóvenes, los oprimidos, los socialmente menores) los

que se le unen a escala nacional o local. Son también las elites rivales que se enfrentan, y las comunidades cuya razón para entrar en la rebelión revelan poco de un acuerdo sobre las reivindicaciones de tal o cual movimiento, y más la convergencia de sus reivindicaciones y esperanzas propias con éstas. Aparte de que, localmente, las opciones que se ofrecen concretamente a las poblaciones son a menudo limitadas, los modos de movilización siempre han sido locales, y los conflictos por las grandes causas siempre se han unido con otros que nos llevan a historias de territorio, más que a movilizaciones universalistas, y según, en forma particular, la tradición de las relaciones de dicha comunidad con el Estado y con otros grupos, en especial con las comunidades vecinas. La adhesión voluntaria nos lleva a la vez a esos otros intereses concretos, y a la adecuación real o supuesta de la ideología universalista de la rebelión —o simplemente de la lucha en sí, o de la disidencia que ésta permite— a los valores de la economía moral¹¹ propia de las poblaciones¹².

No parece posible establecer una diferencia en cuanto a la naturaleza de las ideas universalistas de las antiguas guerras y los “marcadores” (*labels*¹³) de identidad de las nuevas, ni en su base, al nivel de los guerrilleros y de las poblaciones, ni aun totalmente al nivel de las directivas. Además, hace falta trazar la línea de separación, y ¿a qué grado de universalismo o de particularismo? Afirmar una oposición tan marcada lleva, por un simple juego semántico, a poner en último lugar a la calidad de las ideas de estas ideologías, y a enviar a los defensores de las reivindicaciones localistas a las mismas tinieblas que las de las bandas de depredadores puros, o de liquidadores étnicos, y a privar en forma arbitraria a estos marcadores de toda posible legitimidad como expresión de una exigencia de dignidad o de una protesta en contra de las discriminaciones. ¿Qué sería, entonces, de la situación de los Kosovares bajo el dominio de Milosevic, por ejemplo? Una descalificación tan perentoria es tan discutible cuando por el contrario se les reconoce una legitimidad a las antiguas rebeliones que precisamente luchaban, en

¹¹ Sobre esta pregunta, referirse especialmente a los trabajos de Scott J., *The Moral Economy of the Peasant: Resistance and Subsistence in South East Asia*, New Haven, Yale University Press, 1976; así como Berman B. y Lonsdale J., *Unhappy Valley*, Londres, James Currey, 1992.

¹² El papel de los *spirit mediums* en la movilización campesina contra el régimen de Ian Smith no es sino un ejemplo de ello: Lan D., *Guns and Rain. Guerrillas and Spirit Mediums in Zimbabwe*, Londres, James Currey, 1985. Ver también Young J., *Peasant Revolution in Ethiopia*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

¹³ Kaldor M, 1999, Ob. cit., p. 98.

nombre del derecho a la auto-determinación, por objetivos del mismo orden en contra de los poderes coloniales que negaban la identidad y los derechos a las poblaciones dominadas.

Mas aún, hoy en día se acusa de exclusivismo a ciertos movimientos en función de consideraciones no intelectuales, sino estratégicas. Y se ve bien claro cómo la etiqueta del oscurantismo y del fundamentalismo resulta adecuada para descalificar al enemigo: mostrando la ventaja de lograr la unidad de todos los nuevos demócratas que somos, ésta ya se había utilizado en numerosos movimientos de liberación por facciones que se llamaban modernistas, y rivaliza con todos los gobiernos que, frente a su rebelión, dicen ser representantes del orden democrático. Sin detenernos mucho sobre Argelia, mencionaremos la despiadada guerra de limpieza llevada a cabo en Chechenia contra el “terrorismo fundamentalista” por Moscú.

Del apoyo popular a los antiguos conflictos y de la barbarie de los nuevos

Las imágenes de amputaciones y de cadáveres aparecen de manera recurrente en las pantallas de televisión, resumiendo genocidios, limpiezas étnicas, masacres y asesinatos salvajes. Este horror no puede impedir a los investigadores el dar muestra de rigor analítico y de prudencia metodológica. Primero, porque la obra *En el corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad sirve de inspiración sumaria a bastantes descripciones brutales de la violencia, acompañadas a su vez de consideraciones también sumarias sobre los “nuevos bárbaros”¹⁴. Además, porque este discurso sobre la barbarie es, como el del fundamentalismo, uno de los medios más sencillos de criminalizar de buena cuenta a los actores armados. Fue utilizado durante y después de la Guerra Fría, por toda la propaganda, incluso la democrática y universalista.

Dicha descalificación de los nuevos actores del conflicto por el furor de su violencia se ve acompañada de una extrema eufemización de

las guerras antiguas. La inconcebible carnicería de la Primera Guerra Mundial¹⁵, el genocidio de los judíos y de los gitanos¹⁶, las muertes de Hiroshima y de Nagasaki, las prácticas de las guerras coloniales o casi-coloniales en Argelia o en Indochina, y aun los millares de muertos iraquíes en la guerra del Golfo deberían incitar-nos a tomar un poco más de distancia. Basta con retomar los grandes ejemplos de los años 1945-1989, ya sea de las guerras entre Estados (Irán-Irak), las guerras civiles (Grecia, Sudán) o “regionales” (Vietnam, Afganistán), para comprobar que las masacres perpetradas por los movimientos insurgentes, y también por los ejércitos de gobiernos democráticos incluso, constituyen una práctica bien establecida.

Más allá de esta “barbarie” hasta hace poco todavía muy compartida, parece que existe, tanto para Mary Kaldor como para los demás “teóricos de las nuevas guerras”, una cierta mitificación del apoyo popular del que se beneficiaron las antiguas rebeliones, omitiendo o minimizando los medios de coerción y de enmarcación de los combatientes, y de las poblaciones objeto de ellas. Numerosos movimientos (por no hablar de Estados) “revolucionarios” han eliminado en forma violenta a sus opositores, incluyendo a los civiles anónimos susceptibles de apoyarlos. La represión interior, a menudo despiadada, es más bien la regla que la excepción¹⁷. Los levantamientos en masa organizados tanto por los gobiernos como por los grupos rebeldes, corresponden pocas veces a la imagen clásica de las multitudes entusiastas que agitan banderas. Tanto las rebeliones como los Estados en guerra han recurrido a la conscripción forzada, que es una realidad mayor en gran parte de los conflictos durante y posterior a la Guerra Fría, así como lo son las desertiones y su represión mortífera. Esta movilización coercitiva era y sigue siendo una de las grandes causantes de los desplazamientos, y de los refugiados que tratan de escapársele. La lucha por el acceso a las poblaciones refugiadas fuera de las fronteras, y que es-

¹⁴ Ver la introducción de Richards P., *Fighting for the Rain Forest*, Londres, James Currey, 1996.

¹⁵ De nueve a diez millones de muertos. En promedio, para no mencionar sino las dos potencias más afectadas, cerca de novecientos franceses y mil trescientos alemanes por día murieron entre 1914 y 1918. Ver por ejemplo Audoin-Rouzeau S. y Becker A., 14-18, *Retrouver la guerre*, Paris, Gallimard, 2001, primer capítulo.

¹⁶ Según el politólogo norteamericano Rudolf Rummel, las guerras de 1900 a 1985 (incluyendo las dos guerras mundiales) dejaron 35 millones de muertos, mientras que el número de víctimas de los genocidios, del gulag y de los campos de concentración se eleva a 150 millones.

¹⁷ Wickham-Crowley T., “Terror and guerrilla warfare in Latin America, 1956-1970”, en: *Comparative Studies in Society and History*, 32 (2), 1990.

tán al cuidado de organizaciones humanitarias, su transformación en terrenos de extorsión y de reclutamiento más o menos forzado, la existencia, en el seno de los movimientos de liberación, de organizaciones policivas encargadas –a menudo con la ayuda de la policía de los países aliados– del reclutamiento para la guerra, son prácticas antiguas, aun si dicho movimiento humanitario o tal organización humanitaria las han descubierto hasta ahora solamente. Mientras que la guerra pone en cuestión en forma radical la seguridad y el derecho a la vida de las poblaciones, el apoyo por parte de una comunidad al gobierno o a la rebelión conlleva, ayer como hoy, no sólo razones “ideológicas” sino una búsqueda de mayor seguridad; y las relaciones entre la guerrilla –revolucionaria o no– y los campesinos aliados en contra de un enemigo común están lejos de haber sido alguna vez idílicas¹⁸.

Además, no nos parece que la violencia extrema pueda definirse como característica de las nuevas guerras en oposición a las antiguas, a menos que se ignore el empleo del terror como política deliberada antes de la globalización y al término de la Guerra Fría, y, desde entonces, no solamente por parte de los “salvajes de los machetes” de Ruanda, los “Rambos drogados con cocaína y con películas de Kung-fu” de Sierra Leona o de Brazzaville, o de los siniestros milicianos serbios. Dichas prácticas también han sido ejecutadas desde hace mucho tiempo por las fuerzas elite, con el consentimiento –e incluso la iniciativa– tanto de los Estados mayores (incluyendo los de los grandes países democráticos) que han considerado necesario el “aterrorizar a los terroristas”, como de las guerrillas revolucionarias preocupadas por castigar a los “enemigos del pueblo”, o de llevar a las poblaciones a escoger el “campo correcto”.

También debemos interrogarnos sobre los aspectos culturales de la violencia y sus usos, así como sobre los juicios con respecto a su barbarie. Las muertes a machetazos, ¿son claramente más bárbaras que los bombardeos con *napalm*? Más allá, la visión tan racional y uniforme de la violencia que se expresa en los análisis de las nuevas guerras no toma en cuenta el que –como lo han mostrado diversos estudios– ésta se ejerce a menudo y sobre todo para controlar el mundo de lo invisible, y sirve en ocasiones para demostrar el dominio de los espíritus, y por tanto, la invencibilidad de los que la utilizan¹⁹; y que ésta nos refiere, en los diferentes casos, a configuraciones culturales particulares. Algunos trabajos relacionan a la violencia étnica con una forma de conocimiento, pues los cuerpos de personas individuales se hallan ahora metamorfoseados y convertidos en ejemplares de la categoría étnica a la que se supone que pertenecen²⁰. Otros hacen énfasis en la duda, la indeterminación en cuanto a la identidad del enemigo que merece la muerte²¹. Sin estar obligado a adherir a esas tesis, hay que anotar que la violencia “irracional” o “arbitraria” es en primer término la que no se comprende, es la violencia del otro.

Sobre este tema de la violencia, de sus modos y sus fines, así como sobre el de las “ideas”, resulta claramente necesario establecer diferencias entre las rebeliones, pero dichas diferencias no pueden ser cualitativas con respecto a un antes y un después.

De la movilización de recursos en las antiguas guerras, y la depredación de las nuevas

Los “analistas de las nuevas guerras” comparten una visión de la economía de los antiguos conflictos como caracterizada por la centralización, incluso la autosuficiencia de una produc-

¹⁸ Si en Zimbabwe los campesinos aceptaron por años el maltrato y la depredación de los “combatientes de la libertad”, fue con la esperanza estratégica de que el cambio de poder conllevaría una reforma agraria de contornos imprecisos, pero que les daría los medios para subsistir. Ver Kriger N., *Zimbabwe's Guerrilla War. Peasant Voices*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992. Para otro estudio minucioso, ver Le Bot Y., *La guerre en pays maya*, Paris, Karthala, 1992.

¹⁹ De ahí la Renamo, cuya fortaleza provenía también del hecho de que se le atribuía un dominio de los espíritus “más fuertes”, los de los Ndau, vio surgir en su contra milicias que supuestamente se encontraban ligadas al mundo de lo invisible, los Naparamas. Wilson K., “Cults of violence and counter-violence in Mozambique”, en: *Journal of Southern African Studies*, 18 (3), septiembre, 1992.

²⁰ Es lo que explica Malkki L., *Purity and Exile: Violence, Memory, and National Cosmology among Hutu Refugees in Tanzania*, Chicago, University of Chicago Press, 1998: “Cómo conocer la identidad de una persona con la certeza suficiente como para matarla”.

²¹ Como lo sugiere Simmel G., *Le conflit*, Strasbourg, Circé, 1992; Appadurai, “Dead certainty: Ethnic violence in the era of globalization”, en: *Public Culture*, 10 (2), 1998.

ción intensificada y orientada hacia la guerra. Se presenta ya de manera muy esquemática en el caso de los países involucrados en las dos guerras mundiales: aun allí, existía una renovación de lo informal y de lo ilegal, de lo disperso y de lo que cruzaba las fronteras en forma de contrabando y de mercado negro; existía también la depredación: la extorsión y la confiscación de los bienes del enemigo son una de las características de las guerras de conquista, y aun de las guerras estratégicas centrales²². En cuanto al saqueo y al pillaje contra las poblaciones del campo enemigo, éstas han marcado a todas las guerras civiles.

Además, sólo una aceptación ingenua del eslogan "Contar con sus propias fuerzas", adoptado por numerosos movimientos armados revolucionarios de la época de las guerras de independencia, o de la Guerra Fría, puede hacernos olvidar la tremenda implicación trans-fronteriza e internacional en la economía de estos conflictos, y, una vez más, de su informalidad y su ilegalidad. En lo que respecta en forma más particular a los conflictos que se integraban en la Guerra Fría (y mientras que otras rebeliones "olvidadas" se las "arreglaron" por todos los medios posibles: producción colectiva, robos y comercio, rehenes, etc.), los movimientos armados (y en forma recíproca los Estados) recibían de los grandes padrinos o de sus redes locales y de los países vecinos armas, fondos, consejeros, mercenarios, medicamentos y diversas facilidades. Esta ayuda trans-fronteriza escondida y no legal podía de hecho permitir que esas rebeliones de entonces no vivieran tan encima de las poblaciones que rodeaban. Pero no impedía ni la explotación de los recursos de los territorios controlados a beneficio de los movimientos armados, ni la existencia de un impuesto revolucionario: dicho de otro modo, lo que hoy se denomina simplemente depredación y pillaje.

Invocar simplemente la trans-nacionalidad, la informalidad y la ilegalidad para calificar como "nueva" a la economía de los conflictos actuales resulta entonces inapropiado. Existen, es cierto, diferencias que se pueden establecer entre los medios económicos de las rebeliones armadas. Pero éstas deben especificarse en función de las condiciones generales de la aparición de las mismas, es decir, de los procesos de informalización

y de privatización de la economía internacional, desde la época de paz; y del mismo modo, en relación con el funcionamiento económico de los Estados mismos. En este caso también, no se podría distinguir un antes de un después en forma homogénea. En cuanto a hacer de esta informalidad un factor de beligerancia por esencia, hay un paso que no se puede dar.

Además, para los antiguos "conflictos regionales" o para las "pequeñas guerras" actuales, el recurrir a ayudas diferentes al auxilio "ideológico" exterior, y particularmente a la explotación intensiva de materias primas intercambiables a cambio de armas, ya sea que se trate de bosques, diamantes, o coca, no convierte necesariamente a esos recursos en objetivos de guerra. Pues bien, varios de los "analistas de los nuevos conflictos" pasan directamente, como lo hace Collier, del medio al fin: no solamente oponen las antiguas rebeliones (nutridas de buena gana por las poblaciones conquistadas para la causa) a las nuevas (sostenidas por el trabajo forzado de los civiles, lo que además enriquece a los dirigentes rebeldes), sino que transforman a estos últimos en "señores de la guerra". En efecto, todos estos autores hacen referencia a los estudios clásicos sobre los señores chinos de la guerra²³. Pues los *warlords* chinos ciertamente manejaron más la guerra que la razón, pero también administraron territorios, y aun los desarrollaron mucho más allá del estado en que los habían heredado justo después del colapso de la dinastía imperial. Bajo el mismo término, los "analistas de las nuevas guerras" sostienen una tesis completamente diferente: la de los nuevos empresarios militares, de los grandes depredadores (modelo inspirado del *personal rule*) que no luchan ni siquiera por el poder, y éste no les interesa, pues ya se encuentran a la cabeza de cuasi-Estados, y sacan gran ventaja de esta situación. Hacen la guerra por la guerra, o, lo que resulta equivalente, por la depredación.

¿ANÁLISIS DE CONFLICTOS O CONSTRUCCIÓN DE UN SÍNDROME?

Posterior a la Guerra Fría y en la era de la globalización, aprehender una modificación de los conflictos, y de la naturaleza de los conflictos, en especial, de los conflictos civiles, está clara-

²² Delarue J., *Trafics et crimes sous l'Occupation*, Paris, Fayard, 1993.

²³ Sheridan J., *China in Disintegration: The Republican Era in Chinese History 1912-1949*, New York, Free Press, 1975. Sheridan J., *Chinese Warlord: The Career of Feng Yü-hsiang*, Stanford, California University Press, 1966. Ch'en J., "Defining Chinese warlords and their factions", en: *Bulletin of SOAS*, XXXI (3), 1968.

mente a la orden del día, tanto para los analistas como para la comunidad internacional. Y varios elementos e ideas propuestos por Mary Kaldor despiertan sin duda interés. Sin embargo, la confrontación de la tesis (la oposición término a término de los conflictos antiguos y los modernos) con la realidad de los casos, no resulta conclusiva. He aquí en forma breve un recuento de lo que nos aparece como las principales fallas de estos análisis y razonamientos.

Diferentes objetos y análisis para una misma teoría

En primer lugar, cabe anotar que Mary Kaldor y la mayoría de los defensores de la idea de la novedad de los conflictos posteriores a la Guerra Fría se refieren en los mismos términos a la oposición entre lo nuevo y lo antiguo, y sin embargo no hablan ni de las mismas guerras antiguas, ni de las mismas guerras modernas. Resulta claro, en primer lugar, que esta corriente se constituye a partir de dos fuentes disciplinarias, y también de dos tipos de campos de estudio: el de las investigaciones internacionales y estratégicas enfocadas en la competencia Este/Oeste, y el del análisis histórico, sociológico y antropológico de las “guerras revolucionarias”, y de los Estados del tercer mundo. Estas dos zonas se encuentran hoy en lugares diferentes, es verdad, en la periferia del Occidente, motor del nuevo orden internacional, del cual ellos no habían, por diversas razones, formado parte: un tercer mundo ex-colonizado y sumergido bajo la Guerra Fría, o ex-bloque comunista en descomposición-globalización. Mary Kaldor hace un paralelo entre estas dos situaciones, y apoya en éste la validez general de su modelo, aunque sin realizar un examen preciso.

Pues bien, más allá de estos orígenes y procedimientos diferentes, se ve claramente que la base de la comparación de los conflictos actuales no está constituida para diferentes autores por las mismas guerras antiguas. Cuando Mary Kaldor opone su centralización económica y su autosuficiencia a la informalidad y la transnacionalidad de las nuevas, se refiere a los Estados europeos que, envueltos en guerras internacionales, ajustan su control sobre la economía, mientras que los intercambios se debilitan por efecto de la guerra y del bloqueo. Aunque menciona a las antiguas guerrillas revolucionarias en su comparación, su tesis no se basa en ellas. Los “analistas de las nuevas guerras depredadoras” de hoy las comparan con otros conflictos del tercer mundo, y en particular, con

las guerrillas que se inscriben en el cuadro de la Guerra Fría, y que adoptaron sus metas o su discurso. Más precisamente, oponen a las antiguas guerrillas revolucionarias, las nuevas rebeliones. El objeto “guerra antigua” no es, por tanto, el mismo para unos u otros. Y los calificativos idénticos empleados para caracterizarla recobran realidades demasiado heterogéneas para poder basar una comparación rigurosa.

Pero todos esos autores no hablan tampoco de las mismas nuevas guerras, o, cuando lo hacen, no las analizan realmente de la misma forma, aun limitándose únicamente a las guerras civiles. Esta visión reagrupa en efecto dos variaciones de conflictos civiles que convendría, a menos a título de hipótesis, distinguir. Por un lado, está la de la *identity politics*, del fundamentalismo, del etno-nacionalismo, es decir, de las guerras políticas –una política ciertamente retrógrada y exclusiva–; por otro lado, la del fin de la política que expresa la guerra sin otro fin que la guerra misma y la depredación que ocasiona. Para la primera, los ejemplos serían el conflicto de los Balcanes y el genocidio de los ruandeses Tutsis, y para la segunda, las guerras en Liberia y Sierra Leona, en donde el conflicto armado no pone en oposición a campos étnicos o raciales. Del mismo modo, sería conveniente distinguir *a priori* entre dos tipos de esta violencia extrema que se supone caracteriza a las nuevas guerras: la violencia de la eliminación deliberada (versión de Mary Kaldor), que brotaría intrínsecamente de la ideología retrógrada y exclusivista, y la violencia anómica, gratuita y generalizada, la cual manifiesta (por el contrario) la ausencia de política. Sin embargo, estas distinciones son tan ausentes como las que se basan en modelos económicos precisos de sustentación de los rebeldes. La existencia de dos contenidos diferentes para la afirmación de una misma tesis da muestra de un análisis insuficiente.

Además, el punto de quiebre entre los conflictos antiguos y nuevos –y por tanto, el significado de este corte, sus dimensiones y consecuencias precisas– rara vez se ve especificado y mucho menos analizado. Pues, según se escoja la globalización o el final de la Guerra Fría, ya no se tiene la misma muestra: todos los conflictos de los años ochenta, que serían “antiguos” para el segundo caso, son “nuevos” en el primero, sin que nadie parezca molestarse, lo que nos deja al menos un poco perplejos. Pero sobre todo, no se trata de fenómenos del mismo orden, aun si el final de la Guerra Fría haya dado

un curso más libre a la globalización, y éstos no llevan por consiguiente –a menos que se hable en forma vaga–, a las mismas transformaciones. Así que las condiciones internacionales que se supone contribuyeron a explicar la aparición de nuevas formas de conflicto no son en absoluto las mismas para diferentes autores de esta corriente. Mary Kaldor insiste más bien sobre ciertos rasgos de la globalización como la desreglamentación o la decadencia de los Estados. Otros autores lo hacen sobre diversos aspectos del final de la Guerra Fría: la desaparición del campo socialista y de las ideologías revolucionarias, el despertar de las oposiciones étnicas que la Guerra Fría había adormecido, o aun, en el plano económico, la desaparición de la renta estratégica para ciertos Estados o movimientos armados. Esta falta de análisis profundo sobre la recomposición del mundo pesa gravemente, a nuestro parecer, sobre el análisis de los conflictos mismos.

De las amalgamas invalidantes

Hemos dicho que la mayoría de los autores de esta corriente no se toman el trabajo de construir una argumentación, y se contentan con evocar antiguos conflictos a los cuales oponen los nuevos. No es el caso de Mary Kaldor. Su razonamiento general no sufre sino dos amalgamas que, unidas a un tropiezo relacionado con los conceptos de la reflexión clásica sobre la guerra, parecen poner en duda la validez misma de la construcción del paradigma antiguo/nuevo, y llevarnos a confundir guerras que no pudieran serlo. El problema se encuentra en la distinción (que es sin embargo, una de las más solidamente establecidas en la sociología y la filosofía políticas, e incluso en la disciplina de las relaciones internacionales) entre las guerras que enfrentan a los Estados y las guerras civiles de la época moderna, así como en la caracterización de estas últimas como fundamentalmente incivilizadas y sin ley²⁴. Las guerras entre Estados han dado lugar en forma progresiva, con el pasar de los siglos, al establecimiento de un derecho de la guerra²⁵, a convenciones y normas, límites que se han podi-

do establecer gracias al reconocimiento de la igualdad en cuanto a la soberanía de los Estados. Las guerras civiles, que rompen el orden fundador del Estado (el monopolio efectivo de la violencia legítima) son guerras sin convenciones de Ginebra que protejan a los civiles²⁶, salven a los prisioneros, distingan a los ejércitos de las milicias y reconozcan los uniformes y los rangos. Se trata por definición de guerras incivilizadas. Sin duda, sería conveniente volver a estudiar esta distinción cualitativa en la época de la globalización, pero uno no puede simplemente dejar de tenerla en cuenta. Es posible que tal confusión sea el resultado en parte de la llegada súbita, en el campo de estudio de los conflictos civiles, de especialistas en relaciones internacionales que les transfieren a éstos su visión de la guerra²⁷. Pero vemos ya cuán necesaria y fructífera hubiera sido una referencia crítica a los análisis clásicos: para evitar decretar como nueva una barbarie civil que es fundamental; para agudizar más el análisis sobre lo verdaderamente nuevo en las guerras de hoy, y también para examinar más seriamente lo que podría eventualmente determinar la especificidad de las guerras revolucionarias (¿quizás menos bárbaras?) –o más probablemente, hoy como ayer, ciertos tipos de rebelión, entre todas las guerras civiles–, ya que la cuestión de una tipología se presenta de un lado y otro de la brecha instaurada por esta corriente.

Este callejón sin salida en la teoría autoriza a Mary Kaldor a hacer una primera amalgama. Ella compara, en efecto, las nuevas guerras que sirven para construir su modelo (Bosnia y Nagorny-Karabakh), en forma indiferente, con lo que denomina las “antiguas guerras ideológicas o geoestratégicas”, es decir, a la vez guerras civiles, entre las que están las guerras de independencia y los conflictos interestatales de antes de la globalización, entre los que están las dos guerras mundiales y el enfrentamiento de la Guerra Fría. Tal comparación en el tiempo, de dos conjuntos no homogéneos (guerras mundiales, conflictos geoestratégicos, rebeliones de identidad locales, guerras de poder) nos parece francamente

²⁴ Entre numerosos trabajos clásicos, citemos por ejemplo a Bouthoul G., *Tratado de polemología : Sociología de las guerras*, Paris, Payot, 1991; o, para una visión más antropológica, a Adam M., “La guerre”, en: M. Abélès et H.-P. Jeudy (dir.), *Anthropologie du politique*, Paris, Arman Colin, 1997.

²⁵ Ver la reflexión muy estimulante de Nabulsi K, *Traditions of War: Occupation, Resistance and the Law*, Oxford, Oxford University Press, 1999.

²⁶ A pesar de la preocupación recientemente manifiesta a este respecto en las Naciones Unidas.

²⁷ David S., “Internal war: Causes and cures”, en: *World Politics*, 49 (4), 1997.

inapropiada, y sólo puede resultar bastante infortunado para llevar a cabo el análisis (no nos sorprenderá entonces que Mary Kaldor haya decidido finalmente, luego de un examen confuso y rápido de las demás teorías sobre las nuevas guerras, calificarlas simplemente como nuevas²⁸). Esta mezcla prohíbe, por ejemplo, establecer una verdadera comparación entre las guerras *civiles* antiguas y nuevas, aunque pretenda tenerlas en cuenta por medio de su modelo globalizante, y que los “analistas de los conflictos de la pos-Guerra Fría” puedan adherirse a ella.

La segunda amalgama, que resulta en parte sólo por la existencia de la primera²⁹, consiste en incluir bajo el título “nuevas guerras civiles” dos tipos de conflictos en los que queda por demostrar que se pueden analizar juntos. No se trata tanto de saber si se puede calificar una guerra como “civil” desde que se ejerza sobre todo en contra de los civiles, aunque sí se trata, evidentemente, de una dimensión que hay que tener en consideración; ni tampoco se trata de observar que éstas puedan desbordarse o exportarse más allá de las fronteras del Estado, ya que éste es un problema de análisis concreto y requiere un esfuerzo de conceptualización en términos de sistemas de conflictos (interiores y trans-estatales). El verdadero problema de método es la amalgama entre dos tipos de conflictos armados civiles que nos parecen, por un lado, obedecer a razones y motivaciones muy diferentes, y por otro lado, a no tener en absoluto los mismos efectos sobre las sociedades.

Nosotros nos referiremos al primer tipo como “guerras de limpieza”, llevadas a cabo por iniciativa de los poderes del Estado, en el territorio nacional o en el de (o hasta el de) los vecinos. De hecho, es a partir de esas guerras en los Balcanes que Mary Kaldor aísla sus tres características de las nuevas guerras. Es para dar cuenta de ellas que se sigue por los cambios introducidos por la globalización, sobre todo en términos de desregulación y de ilegalidades, de la delicuescencia de los Estados y del descrédito de las clases políticas, y es con respecto a ellos que ella habla de *identity politics*. Sin embargo, la generalización de este análisis hacia todas las nuevas guerras, civiles e internacionales, no nos parece legítima ni en teoría, ni de hecho. No parece, en efecto, que dichas guerras, iniciadas por

poderes de Estado, y de las cuales el emblema es Milosevic, sean dignas del mismo análisis que la mayoría de las rebeliones actuales: ¿Qué hay de la guerrilla zapatista, de la violencia gratuita imputada por los actores de las nuevas guerras a los “asesinos drogados del RUF” de Sierra Leona, los movimientos armados de la actualidad que siguen reclamando diversas variantes de las ideologías comunistas, incluso de aquellos cuya base social o aspiraciones son en verdad “de identidad” o de secesión, pero que son la expresión de una reivindicación no satisfecha de derechos o de reconocimiento en Estados en que la confrontación pacífica resulta imposible? Las únicas rebeliones armadas con las que se podría comparar en ciertos aspectos las empresas guerreras tipo Milosevic son aquellas que, como la suya, se lanzan en una guerra de terror alentadas por una ideología fundamentalista (como la del GIA en Argelia). Cabe anotar, sin embargo, que dichos gobiernos y dichas rebeliones, tanto exclusivistas como “retrógrados” y que toman, tanto los unos como las otras, a los civiles como blanco, no tienen los mismos medios ni recursos; y que el recurso a la guerra no conlleva en los dos casos el utilizar los mismos mecanismos. ¿Puede uno, sin más análisis, declarar como equivalentes las razones que impulsan a un poder de Estado a construir por medio de la limpieza una “gran” patria purgada de sus indeseables, y las motivaciones de una rebelión fundamentalista? ¿No se parecerían mucho más las primeras a las de las empresas genocidas de los “Estados totales” que no hubieran encontrado oposición armada (necesariamente armada)?

Aquí también la confusión impide que se lleve a cabo un análisis riguroso tanto de las rebeliones anti-gubernamentales como de los Estados (los que se involucran en guerras de limpieza y aquellos contra los que se forman las rebeliones, eventualmente fundamentalistas) y de su evolución en la era de la globalización.

Una construcción de síndromes

Como acabamos de ver, nuestros autores no quisieron, o no lograron construir verdaderamente dos tipos de guerra sobre la base de un examen profundo de factores de cambio y del establecimiento analítico de una serie de características de unas y otras. Los factores de cambio,

²⁸ Ver la introducción de su obra y su duda en la utilización del calificativo “post-moderno”.

²⁹ También puede estar bajo la influencia de la disciplina de las relaciones internacionales: en éstas, son siempre los Estados los que están en guerra, es decir, se trata de entidades del mismo tipo.

cuando se evocan seriamente, no son iguales para los diferentes autores, y algunos no sobreviven al examen. Lo mismo sucede con las supuestas diferencias cualitativas entre los nuevos y antiguos conflictos, puesto que muchas de las características atribuidas a los conflictos antiguos no se han comprobado, y que aquellas que se atribuyen a los nuevos agrupan, a menudo, bajo palabras comunes, contenidos incomparables.

Además, las tres grandes variables definidas como características no se encuentran necesariamente a la par. Estamos aquí en presencia de la constitución de dos síndromes. Cada uno, en efecto, se encuentra bien definido por los autores, por una serie de síntomas. Sin embargo, este conjunto carece de un enlace necesario: así, lo hemos visto, no existe un enlace entre la existencia de una ideología inclusiva, y la del apoyo popular, entre esta ideología o este apoyo y la ausencia de coerción, entre unas y otras y el acaparamiento de los recursos existentes para la guerra. Tampoco existe la posibilidad, a pesar de la referencia a tal o cual aspecto de la pos-Guerra Fría o de la mundialización, de establecer un lazo entre este conjunto y los factores que explicarían su surgimiento. Y por consiguiente, una vez más, a pesar de las conclusiones y recomendaciones brindadas, aquí no encontramos realmente los medios de encontrar la “cura” para estas nuevas guerras.

De hecho, nos hallamos ante un modo paradójico de construcción teórica, puesto que el objeto de estudio de todos estos autores no es la comparación entre el antes y el después de un momento crucial, ni tampoco el estudio de las guerras llamadas antiguas; se trata claramente de las guerras actuales –y es precisamente para analizarlas que las instituciones internacionales o los diversos *think tanks* han recurrido a ellos. Pero lo que los lleva a construir el mismo paradigma no se encuentra en un análisis común de las nuevas guerras –no estudian las mismas guerras, no construyen su modelo general a partir de objetos del mismo tipo (todas las guerras, las guerras civiles, las guerras “genocidas” o las rebeliones, etc.) y no les atribuyen las mismas características principales (fundamentalismo y etno-nacionalismo, o violencia sin sentido o depredadora, etc.).

Lo que finalmente constituye una unidad entre estos autores aparece claramente como la elaboración de un mismo síndrome de las antiguas guerras, el cual no se construye sobre un estudio empírico de las características de éstas, ni tampoco sobre el examen de las condiciones, interna-

cionales u otras, que les hayan dado origen, sino alrededor de una característica inicial, de la cual se originarían todas las demás: antes, lo que se encontraba en el origen de las guerras y las rebeliones, y que colocaba tanto a los soldados como a los guerrilleros y a sus jefes a ambos lados de la Guerra Fría, y de las trincheras de los “conflictos regionales”; eran las ideologías universalistas, inclusivas y cosmopolitas. Ello daba como resultado –aun si como lo hemos visto, un examen histórico lo desmiente en muchos casos– que la violencia era controlada, el apoyo popular estaba asegurado y los recursos se movilizaban sin robo ni restricción. Y casi que podríamos resumir este síndrome en términos de juicio moral: la legitimidad de los fines simbolizados en las ideologías universalistas habría tenido entonces por consecuencia la corrección (sin violencia, sin pillaje) de los revolucionarios –o, si se prefiere, y en forma contradictoria, de los “combatientes de la libertad”– y la adhesión masiva y entusiasta de las poblaciones en la construcción de un hombre nuevo en todas las zonas liberadas primeramente, incluso posteriormente, por los movimientos así llegados al poder, en los Estados del pueblo entero.

Estamos caricaturizando, claro, pero se trata sobre todo de esto, esta visión un poco idílica, ciudadana y rústica a la vez, bastante nostálgica, que reúne en la misma corriente a este conjunto de investigadores provenientes de diversos horizontes y disciplinas, y que reflexionan en formas muy diferentes sobre tipos de conflictos que son también muy distintos. No resulta entonces improbable que esta comunidad de visiones nos lleve no sólo a una convergencia de análisis sino a sensibilidades comunes, que son tal vez el resultado de trayectorias intelectuales similares y que expresan antiguos compromisos en común: *concerned scholars*, progresistas, y para los analistas de los conflictos del tercer mundo, simpatizantes, e incluso compañeros de ruta de antiguas rebeliones socializantes.

Sin embargo, a fin de cuentas, la coherencia del paradigma “guerras viejas / guerras nuevas” se basa en un descuido: puesto que las “antiguas” no son jamás el objeto de un análisis apropiado, y aparecen como un contrapunto que se da por hecho para las guerras de hoy. No se les somete a un nuevo examen a la luz de la mirada lúcida que los investigadores lanzan sobre las últimas. Incluso, dicho examen se excluye precisamente debido a la construcción de una oposición entre guerras antiguas y guerras

nuevas. Al hacerlo, a pesar de todas sus ventajas con relación a tesis extremistas como las de Collier, o catastrofistas como las de Kaplan, y a pesar de todas las divergencias explícitas o no con éstas, el análisis kaldoriano de los conflictos no las invalida. De hecho, no las confronta. E incluso llega a fin de cuentas a nutrirlas, puesto que pone por delante al fundamentalismo, la barbarie y la depredación, y se inclina lógicamente hacia una solución de dichos conflictos en términos de justicia y de policía, y aun de guerra. En verdad, el capítulo que Mary Kaldor dedica a una solución “cosmopolita” no escatima ni a los Estados, ni a una cierta diplomacia de bombero pirómano. La acción que ella propone, llevada por las sociedades civiles locales (a su vez apoyadas en una sociedad civil internacional) y transformada por valores cosmopolitas, es en espíritu muy diferente de la que surge de las posiciones de las otras dos corrientes. Sin embargo, la existencia de las sociedades civiles³⁰ en la acepción homologada del discurso internacional se postula para ella en todos los casos (allí se vuelve a encontrar la idea del pueblo bueno, siempre presente en las ideologías de izquierda), pero elimina completamente las profundas divisiones que se expresan en el conflicto, y que éste excava o provoca en una sociedad “civil” en verdad, pero no por ello dotada de fuerza y autonomía, ni incluso del deseo de paz que se le atribuye (y que no ha podido entre otras cosas impedir la militarización de la confrontación). Es así que, sin siquiera evocar la aversión bastante común entre los diplomáticos de llevar a cabo sus acciones en tal cuadro civil, la tesis de Mary Kaldor puede, por no adecuarse a la realidad, no ofrecer otra solución que la de retomar las prácticas más “realistas” de cara a la “barbarie”, como lo es el uso de la fuerza.

Al leer las teorizaciones de los conflictos propuestas por Mary Kaldor, Paul Collier y, de un modo más impresionista, Robert Kaplan, se percibe en forma paralela cómo el contexto intelectual y moral en el cual éstas han surgido constituye un factor de distorsión. Sí, las guerras civiles han sufrido importantes transformaciones. Pero, al finalizar nuestra lectura crítica de estos paradigmas diferentes de los conflictos, nos parece esencial, corriendo el riesgo de desesperar (al menos en forma provisional) a los generalistas o teóricos, el no repetir bajo otras

formas los errores que en el pasado afectaron gravemente el estudio de las guerras civiles. Por disparatado que parezca, este conjunto de teorías no deja en efecto de presentar una nueva problemática legítima, a la que se puede oponer todo analista. Detenernos en el contexto de la formación de estas corrientes –y del surgimiento de la nebulosa que las mismas conforman– puede, desde luego, ayudarnos a comprender la comunidad de sus visiones a pesar de que haya desacuerdos significativos. Ello puede de igual forma ayudar a explicar las actitudes que de allí surgen casi en forma natural por parte de una comunidad internacional que también es, a través del sesgo de diversos organismos, la que solicita dichos análisis. Resulta sorprendente, en efecto, que más allá de las divergencias en el análisis, y las diferencias en cuanto a la sensibilidad, todas estas corrientes vean sólo dos tipos “nuevos” de acción como eficaces y legítimas para ponerle término a la guerra (sin siquiera hablar de políticas de prevención, generalmente inexistentes): la judicialización de las responsabilidades, y la “erradicación” de la guerra que tiende a ser, a menudo, la de la erradicación del movimiento rebelde.

“La Guerra Fría ha terminado”. Para algunos, se ganó a las fuerzas del mal. A los ojos de los liberales, la democracia de mercado ha triunfado, aun si su reino tarde en llegar a ciertas periferias, o si (como se inclina a creerlo) el mundo democrático civilizado deba prepararse para el asalto de nuevas “fuerzas del mal”. Otros han seguido una trayectoria diferente. A menudo, luego de haber sostenido a los movimientos de liberación del tercer mundo, tardaron en darse cuenta de que una vez en el poder, muchos se transformaban en dictaduras. Hoy no dudan de que la dictadura, así fuera popular, que reinaba en el bloque comunista, resultaba nociva e inaceptable: son los “nuevos demócratas”. Contrariamente a los primeros, lamentan sin embargo el eclipse de las grandes ideologías de transformación social e interpretan este vacío como una falta de sentido. Mientras que no pueden ver a los movimientos rebeldes hoy como los veían ayer, como libertadores cuyos ideales podían compartir, se muestran más altivos en cuanto a los derechos humanos y señalan cada vez más, al observar a los rebeldes, la violencia y la depredación. Todos ellos, los antiguos o los nuevos demócratas, que por lo demás están física y

³⁰ En su vertiente oficial fácilmente manipulable, y cada vez más manipulada por los poderes del Estado.

mentalmente “en el corazón del centro del orden mundial”³¹, están convencidos de que el empleo de la violencia lleva necesariamente a la perversión de los objetivos, por nobles que sean. Consideran entre otras cosas que siempre existen mejores medios que la guerra en un nuevo orden internacional, cada vez más civilizado, en el que cada vez más países han acogido el modelo democrático, multipartista, de gobierno, han reconocido los derechos fundamentales y se encuentran además bajo la mirada de la comunidad internacional. “Las democracias no hacen la guerra”, afirmaba el presidente Clinton, y, de hecho, el ideal de una paz universal democrática hace parte hoy de nuestro horizonte ideológico³². Esta convicción se ve reforzada por la idea internacionalmente adquirida sobre la importancia de la sociedad civil en la democracia y el progreso, y por el hecho de que las sociedades civiles locales pueden apoyarse hoy en una sociedad civil internacional para obtener la satisfacción de sus esperanzas más justificadas. Gracias a la configuración actual del sistema internacional en todas sus formas (la ONU, TPI, y también la OMC, el FMI, las ONG, etc.), se puede pesar sobre los Estados, a los que (al contrario de las rebeliones) se les pueden imponer condiciones que les obliguen finalmente a ceder a las reivindicaciones democráticas, e incluso a sostener ellos mismos las famosas sociedades civiles celebradas en los documentos internacionales.

En cuanto a la cuestión de los medios combinados (interiores e internacionales) para este progreso de la democracia, existen opiniones diversas, que incluso se enfrentan unas a otras, y son en parte el reflejo de las diversas trayectorias de los demócratas que somos. Ciertos otorgan una prioridad irreductible a los derechos humanos, a la libertad de prensa, o a los derechos sociales. Otros estiman que obran en pro de la construcción de una justicia internacional. Otros más estiman que el mercado es “la madre de todas las democracias” y las empresas las principales fuerzas vivas de la sociedad civil, y creen más bien en una colaboración entre Estados y multinacionales en el sentido de un mejor “gobierno”. Finalmente, otros preconizan y preparan la “guerra justa” ante las nuevas amenazas, en especial los Estados truhanes. Son más bien diferencias de sensibilidad.

Aun si las sociedades occidentales conocen en esta materia diferencias todavía apreciables, la cultura de la guerra ha conocido en Occidente, a partir de la construcción del arma nuclear y de la evolución fordista de estas sociedades el día después de la Segunda Guerra Mundial, una debilitación relativa y una deslegitimación de la violencia excesiva en la guerra³³. Así pues, esta transformación se sitúa en contradicción exacta con la que se muestra inmediatamente en los nuevos conflictos. Los excluidos del nuevo orden planetario pertenecen en verdad a otro mundo, incomprensible y bárbaro. De allí su cierta receptividad a las soluciones en verdad tan quirúrgicas como sea posible pero a veces radicales con respecto a ellas, ya que se trata del bien de la democracia y de la humanidad, y que las bajas humanas no son sino daños colaterales.

Tanto los investigadores como los diplomáticos, o los simples ciudadanos de Occidente vivimos hoy en esta ideología ambiente. Una vez más, lo vemos aquí, se trata más de una nebulosa que de una dominación ideológica, y ciertamente no de un pensamiento único. De hecho, su fuerza proviene de no serlo. Les deja entre otras cosas a los que hoy adhieren a este rechazo por la barbarie, la posibilidad de no volverse hacia su pasado, de no remover los hierros en las cicatrices de las viejas masacres de cada uno, y aun, de cultivar sus propias nostalgias. A este respecto, y en lo que concierne a la comunidad intelectual en particular, uno no puede sin embargo sino sentirse consternado por la existencia pacífica de dos tesis radicalmente diferentes, en lo relacionado con los conflictos recientes de la Guerra Fría, entre autores que no son investigadores aislados, sino que trabajan unos y otros para tal o cual institución de la comunidad internacional: algunos, como Mary Kaldor, siguen viendo a los protagonistas de cada uno de estos conflictos como movidos por causas progresistas, aspirando al bien común y utilizando métodos legítimos y nobles por y para los pueblos. Otros, a la manera de Collier, no quieren considerarlos como menos criminales que a todos los rebeldes. Pero todo ello no es aparentemente tan grave entre las instituciones y los investigadores civilizados. Por el contrario, esta ideología posee evidentemente una eficacia temible para todo el que (o

³¹ Shaw M., “Guerre et globalité: le rôle et le caractère de la guerre à l’intérieur de la transition globale”, en: Hassner P. et Marchal R. (dir.), *La guerre entre le local et le global*, Paris, Karthala, 2003.

³² Blin A., *Géopolitique de la paix démocratique*, Paris, Éditions Descartes & Cie, 2001.

³³ Ver el análisis que proponen Boëne B. y Dandeker C., *Les armées en Europe*, Paris, La Découverte, 1998.

los que) se constituye(n) en el de afuera, el otro, el enemigo común: las ideologías retrógradas, fundamentalistas, los “señores de la guerra”, lo irracional, el robo y el crimen.

Pero la problemática legítima que ésta informa en materia de conflictos se basa en inconsistencias. En particular, ya sea que se decida ignorarla (Kaplan, Collier) o que no se la tome muy especialmente en cuenta (Kaldor), esta ideología se prohíbe —debido a los procedimientos y olvidos evocados anteriormente— pensar en lo que es interno al nuevo “lado de los buenos” (el de la democracia y de la ley) que se opone a los diferentes bárbaros. Tal es el caso (con consecuencias particularmente graves para la prevención o resolución de conflictos) del aspecto sombrío, ilícito, e incluso criminal del nuevo orden internacional. Sin embargo aparece bien, por un lado, que este último exista bajo el manto de la legalidad (e incluso a veces con los mismos protagonistas: empresas o gobiernos), y, por el otro, que toque al mundo estigmatizado y perseguido de los tráficos y del crimen internacional. A este respecto, el caso angolés resulta extremadamente interesante. Contrariamente a la visión habitual, no se trataba de una guerra manejada, por parte del gobierno, con y para el petróleo, y por otro lado, con y por los “diamantes de sangre”. Se trataba de una guerra que, a partir de ahora con otros recursos que los de la época de la Guerra Fría, siempre había sido una guerra por el poder. Hubo diamantes ilegales tanto del lado de Unita como del lado del gobierno y su *nomenklatura*. Y estas piedras, incluyendo las de Unita, circulaban por los circuitos legales del comercio mundial del diamante; eran lavadas e intercambiadas por armas por intermedio de oscuros traficantes, pero también por jefes de Estado (principalmente africanos y amigos de Francia) por la rebelión, para el beneficio personal de otros. En cuanto al petróleo, tal vez admitiremos más fácilmente de ahora en adelante que las grandes multinacionales (y no solamente Shell), que por demás se comprometen en forma ostentosa en esfuerzos de “gobierno de empresa”, otorgaron a la presidencia angoleña fabulosas sumas (comparadas con los presupuestos de varios países africanos) sin preocuparse por tenerlas en cuenta, ni preocuparse de que fueran vertidas en el presupuesto angolés. Y hoy sabemos que esas sumas sirvieron para la compra de armas a la vez que al enriquecimiento ampliamente ilegal, según las leyes nacionales e internacionales, de hombres de negocios in-

quietantes, sin duda, pero poseedores de varios pasaportes diplomáticos y de fuertes relaciones gubernamentales y, a niveles menores pero sin embargo envidiables, de personas influyentes del Norte (por ejemplo, francesas) que ocuparon puestos en el gobierno o internacionalmente.

El segundo punto ciego se encuentra ligado con el primero: se trata del Estado, los Estados, esas entidades cuya soberanía es reconocida por el sistema de Naciones Unidas, que lo conforman. Desde luego, Mary Kaldor no guarda silencio sobre este punto, puesto que ella construye su modelo partiendo del caso de los poderes de Estado que llevan a cabo guerras de eliminación contra una parte de sus poblaciones. Tenemos aquí un afortunado repudio a las tesis de Collier sobre el carácter siempre relativamente benigno de la depredación por parte del Estado. Sin embargo, mientras ella generaliza, a partir de este terreno, sobre las “nuevas guerras”, no lo hace en relación con los Estados. Aunque, por un lado, esta manera de ver puede descalificar sin remedio, como lo hacen Kaplan o Collier, a las “nuevas rebeliones” en la medida en que refuerza la figura de los “señores de la guerra” sin causa ni fe, ni ley, por otro lado, también tiende a consolidar la tesis, más política que intelectual, de los *rogue states*, puesto que se detiene en esos Estados, sin prestar atención a los efectos mucho mayores de la globalización, no solamente en términos del debilitamiento de los estados, sino en forma más general, de su privatización e informalización, e incluso de su implicación en la criminalidad política y económica, cuando no en la criminalidad común. Sin embargo, un examen así, profundo y general, es indispensable si se desea comprender por qué, en el nuevo orden global y en vía de democratización, se arman oposiciones frente a ciertos tipos de poder, aún formalmente democráticos; si se desea comprender también las características de estas rebeliones y, eventualmente, su fundamentalismo. En efecto, parece tan ilegítimo confundir a los Estados y a las rebeliones para llevar a cabo un análisis de los “nuevos conflictos”, como llevar a cabo un análisis que no los confunda. Éste hace aparecer que el fundamentalismo puede en ocasiones “responder” a la confiscación real del poder por parte de ciertos grupos, que la depredación y la criminalización de ciertas rebeliones son en gran medida el espejo de las del Estado al que se oponen, de la misma forma que el tipo de tráficos transnacionales e internacionales en los cuales se involucran son en parte homólogos a, y se cru-

zan con los de los Estados, incluso de los de sus Estados.

En fin, esta visión de los conflictos guarda silencio sobre los riesgos de los procesos de democratización, así como sobre los fracasos, éxitos o semi-éxitos de las operaciones de mantenimiento de la paz y de las injerencias humanitarias como dispositivos de salida de la crisis, especialmente en África y en los Balcanes. El modo de intervención que preconiza Mary Kaldor, fundado en valores cosmopolitas y las sociedades civiles locales, contrasta en realidad con los que se derivan de las posiciones de las otras dos corrientes. Pero no integra el balance de las experiencias pasadas, sino la constatación del fracaso de las intervenciones internacionales tradicionales. Más aún, Mary Kaldor postula el carácter universal de esos valores, y la existencia de sociedades civiles unidas en su oposición al poder de los “señores de la guerra”.

¿Qué hacer entonces? En los casos en los que el conflicto se expresa en términos de identidad, la diplomacia duda entre las soluciones “realis-

tas” (sustancialmente: detener las masacres mediante la separación, lo que también podríamos denominar la legalización de la depuración étnica) y las soluciones “de derecho” (imponer el derecho de las minorías y de otros procedimientos democráticos), y a menudo encuentra que la solución intermedia es la de hacer coincidir la nacionalidad y la ciudadanía. *A fortiori* en el caso en que el conflicto no sea ni étnico/racial/nacional ni territorial, la única respuesta que queda es la del derecho, de los derechos humanos. Pero esta solución implica, en la mayoría de los casos, una evacuación de lo político, de lo social y de la historia, y una definición de lo legal y de lo ilegal que no se da por hecha. Y mientras que estos derechos no pueden imponerse, no queda más (además de la justicia penal internacional) que la criminalización del enemigo (rebelión o Estado truhán). En resumen, no resta sino la “guerra justa”.

FECHA DE RECEPCIÓN: 15/08/2003

FECHA DE APROBACIÓN: 11/09/2003